

Matrices culturales y dinámicas poblacionales en Bolivia

... la autosuficiencia comunal es una forma antigua de organización social en los Andes... la consecuencia más importante de tal forma de organización para adquirir los recursos que necesitan, consiste en que los miembros de una comunidad tienen que distribuirse eficientemente en el espacio, a través de su territorio. Las zonas donde se dan tales recursos pueden estar ubicadas a cercana proximidad una de la otra o a distancias considerables, según los patrones ecológicos que rijan en su territorio.

T. Patterson

Habitus migratorio en los Andes

En septiembre del 2006 murió en los Estados Unidos de Norteamérica John V. Murra, el célebre antropólogo creador de la escuela ecotnológica andina, quien formuló y difundió a escala internacional la teoría del “control vertical de un máximo de pisos ecológicos”. Esta teoría hace referencia a las ancestrales y emblemáticas prácticas de movilidad poblacional gestadas en las sociedades andinas desde tiempos milenarios y que posibilitaron el surgimiento de enclaves prósperos y niveles técnicos y organizativos de desarrollo avanzados. Aunque está demostrado y reconocido por el mismo John Murra que el primero en dar cuenta de estas prácticas andinas fue el boliviano Ramiro Condarco Morales bajo el nombre de “simbiosis interzonal”¹. En 1970, Condarco publicó el libro *El escenario andino y el hombre* en el que plantea que en los Andes centrales, “[l]a actividad de complementación económica realizada desde las tierras altas con las bajas situadas a poniente y nacimiento de las primeras, fue probablemente de

1 Al respecto se puede consultar *La teoría de la complementariedad vertical eco-simbiótica* de Condarco y Murra (1987).

laxos vínculos de intercambio, primero, de permanentes relaciones de trueque, después, y, por último, imposiciones tributarias y ocupaciones militares” (: 20). Estas formas de complementación, a decir de Condarco, presentaban tres tipos: el primero, denominado de comercio primitivo, que consistía en que “los Collas obtenían algo de maíz por medio del ‘rescate con lana’ en los valles que se encuentran en la costa hacia ‘la marca del Sur’ y en los que se hallan en ‘los Andes hacia la mar del Norte’” (Pizarro, 1944: 93); el segundo planteaba “limitadas relaciones de intercambio entre los habitantes de la altiplanicie con los instalados en las vecindades del mar” (: 21); sobre el tercer tipo, el testimonio de Cieza de León afirma que

los Incas tenían dispuestos que de la mayor parte de los valles fríos ‘saliesen’ cierta cantidad de indios con sus mujeres, y estos tales, puestos en las partes que sus caciques les mandaban y señalaban, labraban sus campos, en donde sembraban lo que faltaba en sus naturalezas proveyendo con el fruto que cogían a sus señores y capitanes, y eran llamados mitimaes (Cieza: 312).

Garcilazo confirma el testimonio de Cieza con frases más esclarecedoras e ilustrativas.

También sacaban indios de provincias flacas y estériles para poblar tierras fértiles y abundantes. Estos hacían para beneficio, assi de los que ivan como de los que quedavan, porque, como parientes, se ayudasen con sus cosechas los unos a los otros, como fue en todo el Collao, que es una provincia de más de ciento y veinte leguas de largo [...]. De todas aquellas provincias frías sacaron por su cuenta y razón muchos indios y los llevaron al oriente dellas, que es a los Antis, y al poniente, que es a la costa de la mar, en las cuales regiones havían grandes valles fertilísimos de llevar maíz y pimienta y frutas... (Garcilazo: 86-7; citado por Condarco).

En estas descripciones prehispánicas de continuos, intensos y estratégicos desplazamientos poblacionales reconocemos ciertas características recurrentes, como las relaciones de parentesco, muy presentes en estas prácticas, así como la dimensión de complementariedad socioeconómica y familiar como eje explicativo.

Por su parte, Murra, centrando su análisis en los *mitimaes*, plantea que los mismos fueron una manifestación tardía y muy alterada de un antiquísimo patrón andino que denomina “control vertical de un máximo de pisos ecológicos”. En 1975 expresaba que “el control simultáneo de tales ‘archipiélagos verticales’ era un ideal andino compartido por etnias muy distantes geográficamente entre sí, y muy distintas en cuanto a la complejidad de su organización económica y política” (: 30). Sus investigaciones que abarcan de 1460 a 1560, es decir, el período de expansión inca y el período de conquista española, lo llevan a bosquejar cinco casos de control vertical de pisos ecológicos bajo condiciones distintas, sin que los mismos agoten las posibilidades del modelo. Sin embargo, considera que los archipiélagos son parte de una costumbre más antigua, “elaborada por sucesivas poblaciones andinas para la mejor percepción y utilización de los recursos en su extraordinario conjunto de ambientes geográficos” (:73), aunque reconoce que la ampliación de este modelo modificaba también el contenido del archipiélago, ya sea en función a las distancias entre el núcleo y las islas periféricas, a la especialización laboral demandada (tipos artesanales) o alterando las reciprocidades entre el centro y la periferia, dando paso a la explotación de *mitimaes* en islas alejadas. Para Murra

la ideología detrás de los archipiélagos prometía que los colonos, aunque establecidos permanentemente en la periferia, no perdían acceso al núcleo [...] los derechos mantenidos en las zonas nucleares, a cualquier distancia y a pesar de los abusos, forman el criterio distintivo del *mitmaq*. A la vez, éste es el lazo ideológico entre los pequeños archipiélagos físicamente verticales y la red de colonias estatales con múltiples funciones y abarcando territorios a meses de camino del Cuzco. Esto no niega que ‘ser enumerado’ con su grupo de origen pudiera con los años, llegara a ser más una forma legal que real (: 75-76).

Es importante destacar la importancia que asigna Murra en sus investigaciones al rol de los *mitimaes* en el modelo de complementariedad vertical sobre la base de la revisión de fuentes históricas como Cieza de León y Garcilazo de la Vega, quienes identifican diversas categorías de *mitimaes* como los *yana*, *aqlla* o *kañari*. Asimismo, destaca claramente tres características centrales de estos desplazamientos poblacionales: el vínculo que se mantenía entre el núcleo y

los asentamientos en las 'islas' conservando los derechos en el lugar de origen, el carácter multiétnico del proceso y la especialización en las funciones laborales (cerámica, metalurgia). La primera característica da el marco general al proceso, es decir, los lazos y relaciones que se establecen entre el núcleo y las islas (espacios geográficos separados) en función a requerimientos y demandas; en los hechos, la ausencia física de los *mitimaes* no derivaba en la pérdida de los derechos y prerrogativas en las comunidades de origen. El carácter multiétnico del proceso muestra también una dimensión macro de estas estrategias que involucraban el reconocimiento de niveles y la construcción de espacios de interculturalidad. La última característica, es decir, el grado de especialización laboral como prerequisite de los *mitimaes* no habla de migraciones selectivas en función a demandas específicas que respondían a esquemas políticos y económicos de nivel macro. Más adelante veremos cómo estas mismas características se hallan presente en la actual migración transnacional boliviana.

En todo caso, en ambas formulaciones –la de Condarco (simbiosis interzonal) y la de Murra (control vertical de un máximo de pisos ecológicos)– la argumentación central es la movilidad socio-espacial y la utilización de diferentes espacios geográficos y pisos ecológicos, donde los desplazamientos humanos son asumidos como una constante en las prácticas de sobrevivencia y reproducción sociocultural de los habitantes andinos. Desde la base misma de la civilización tiwanacota, en los posteriores señoríos aymaras y con mayor énfasis durante el imperio incaico, el control de pisos ecológicos por parte de poblaciones transplantadas (*mitimaes*) con fines económicos, sociales y militares fue fundamental.

En el período colonial, el modelo de complementariedad vertical de desplazamiento poblacional fue reasumido y unilateralizado en beneficio de la Corona española para dar lugar al complejo de la mita, empresa extractivista solventada por la organización forzosa del trabajo indígena comunal en las extracciones mineras de Potosí. El sistema de organización colonial redefinió los alcances geográficos de los desplazamientos poblacionales en torno al gran núcleo articulador de la producción minera del Cerro Rico de Potosí. Sin embargo, durante la Colonia podemos reconocer otras formas de movimientos poblacionales, sobre todo las ligadas a las haciendas agrícolas en las zonas de los valles que dinamizaban un mercado laboral y de

tierras embrionario en escenarios rurales. La población indígena que se hallaba sometida al trabajo *mitayo* y al pago de fuertes tributos recurría a ciertas estrategias para evitar estas obligaciones. Una parte de estos comunarios buscaba refugio en las haciendas, resultado de ello es que la región cochabambina, ámbito de análisis de la presente investigación, se convirtió en la mayor zona receptora de migrantes durante la Colonia, “siendo éstos acogidos e instalados en otros pueblos como ‘foráneos’ (forasteros) o en las haciendas como *yanakunas* y además eximidos de los tributos” (Mercado, 1990: 19). El acercamiento de los indígenas a los centros poblados, más allá del desplazamiento espacial, les facilitó una vinculación con empleos artesanales y la perspectiva de estructurar relaciones de compadrazgo con sectores con los que podían hacer alianzas, muchas veces a partir de uniones matrimoniales. Nuevamente, la dimensión del parentesco es un vehiculizador de estos procesos.

Un elemento importante que debe ser tomado en cuenta al momento de analizar las migraciones de los y las bolivianos/as es la constitución de Bolivia como nación. Se trata de reconocer que en nuestro país, sumamente abigarrado, se sobreponen diferentes tiempos, culturas, economías y nacionalidades; y, por lo tanto, distintas dinámicas y lógicas demográficas. En Bolivia no terminó de resolverse el problema nacional y no se pudo constituir un Estado que refleje a la nación. Es decir que el proyecto de un Estado-nación que, en términos clásicos, represente a una nacionalidad, una cultura (homogénea) y un territorio, fue un proyecto inacabado, inconcluso. El proyecto nacional trató de implementarse de distintas maneras durante nuestra vida republicana. En un primer momento, por medio de la total negación y exclusión de las diferencias y de la existencia de culturas y naciones distintas; así se constituyó una doble República, con una bolivianidad que se reproducía en unos cuantos centros poblados, rodeada por otra bolivianidad en la que prevalecía una variedad de culturas que eran ignoradas y a las cuales sólo se recordaba al momento de recaudar impuestos, cuando se requería de mano de obra barata o de dóciles soldados para las aventuras bélicas de la otra Bolivia. Posteriormente, con la Revolución de 1952, se trató de constituir un Estado-nación por medio de transformaciones, concebidas y aplicadas desde el Estado, que buscaban la integración del conjunto de la población boliviana. Con este objetivo se decretó el voto universal, se nacionalizó las empresas productivas más importantes, se

apostó a constituir un mercado nacional, se aplicó la reforma agraria (para ampliar el mercado e integrar al mismo a los indígenas, desde entonces propietarios de sus tierras), se inició la denominada marcha hacia el Oriente y se incentivó el desarrollo de un polo económico en Santa Cruz como una manera de integrar geográficamente al país. Finalmente, se abolió la palabra indio para nombrar a las culturas originarias, rebautizándolas como campesinos (delimitando su identidad al ámbito productivo). En todo caso, los movimientos poblacionales vividos intensamente dentro de las fronteras nacionales deben ser también considerados desde una perspectiva mayor que vincula, en los Estados nacionales, el análisis de lo interno con lo externo.

Siguiendo este esquema, sostenemos que en Bolivia, y con mayor intensidad en los valles cochabambinos, la dimensión cultural muestra que desde tiempos pre-hispánicos diversas culturas que habitaron el altiplano y sobre todo los valles centrales del país mantuvieron una cosmovisión espacio-céntrica que se manifestaba en su permanente movilidad y utilización de diferentes espacios geográficos y pisos ecológicos, de tal manera que las migraciones fueron una invariable en sus prácticas de sobrevivencia y reproducción social. Recientes investigaciones sobre el caso de Cochabamba (Cortes, 2004; De la Torre, 2004) enfatizan este acervo cultural histórico respecto a la conformación social de la región en estrecha relación con los procesos migratorios en de los valles. De manera puntal, De la Torre se plantea el debate sobre ¿cuánto de las prácticas hasta ahora mencionadas sigue desplegándose en las estrategias familiares y comunitarias de las actuales migraciones bolivianas? En todo caso, la referencia teórica y metodológica a esta dimensión histórico-cultural de los procesos migratorios nacionales y particularmente cochabambinos se hace necesaria en la medida que afincamos en ella una determinada manera de percibir y hacer de los movimientos poblacionales en estas latitudes. En todo caso, no se trata simplemente de estrategias de sobrevivencia modernas, sino de un *habitus*, de unas prácticas asociadas a una cosmovisión particular, de un saber de vida que permitía y permite aún una mejor y más sostenible utilización de los recursos naturales, no ya para la sobrevivencia de una familia, sino para la vida y reproducción de toda una comunidad y sociedad.

Otras investigaciones sobre migraciones ya recurrieron al concepto de *habitus* desarrollado por Pierre Bourdieu, en la medida que es

útil porque hace evidente que los y las migrantes están preconformados socio-culturalmente, portan un determinado *habitus* y tienen que producir un sentido social recurriendo en un nuevo escenario social a las disposiciones previamente adquiridas (Wagner, 2004). Bourdieu considera el *habitus* como un “sistema de disposiciones adquiridas, permanentes y generadoras [...]. El *habitus* haría posible la producción libre de todos los pensamientos, todas las percepciones y acciones inscritos dentro de los límites que marcan las condiciones particulares de su producción” (1991: 93-96). El *habitus* se origina en la interiorización transformadora de condiciones existenciales de orden material y cultural y por eso también puede ser entendido como internalización de la historia en la corporalidad. Gustos, gestos, patrones de organización y relaciones de género, entre otros, son de esta manera interiorizados y reproducidos, pero también transformados. Debido a que se trata de disposiciones compartidas, es inherente a éstas un sentido práctico, el cual posibilita la convivencia en los respectivos ámbitos sociales y los hace aparecer como normales.

Estas aproximaciones a la noción de *habitus* de Bourdieu requieren para su contextualización algunas precisiones en el ámbito cultural. Por cultura entendemos el sentido particular que abarca todos los espacios de la vida, “los códigos culturales que constituyen el nivel de significación de toda clase de fenómenos, al caudal simbólico y a los valores, hábitos, costumbres, patrones cognoscitivos y afectivos” (Margulis, 1985 : 11); no una clase particular de objetos, actitudes o vestimentas, sino los códigos diversos que presiden la vida humana y pueden leerse como uno de los niveles de significación en toda clase de objetos y actitudes. Pero todos estos símbolos, sentidos y significados no se quedan en la superestructura o en el pensamiento, no son sólo una ‘dimensión’ de todos los fenómenos económicos y sociales; se expresan y articulan en lo cotidiano a partir de una lógica, de una racionalidad particular que da sentido a todos nuestros actos. A partir de esta racionalidad, la identidad y la cultura se materializan, se cristalizan y se convierten en acción. La cultura deja de ser sólo lo folklórico –amorfo y abstracto– para objetivarse en una praxis cotidiana que define la manera en que lo social es interiorizado por los individuos y la manera en que se lo reproduce y recrea.

Esta racionalidad cultural particular, como parte de las ‘estructuras objetivas históricas’, al interactuar y relacionarse con otros elementos

estructurales y coyunturales, constituye “sistemas de disposiciones duraderas y transponibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principios de generación y estructuración de prácticas y representaciones” (Bourdieu, 1991: 72); es decir que producen *habitus*. Este concepto permite recuperar y articular los elementos macro sociales con los elementos que, más que individuales, llamaríamos particulares, específicos de comunidades sociales. “El *habitus*, generado por las estructuras objetivas, genera a su vez las practicas individuales (y comunales), y da a la conducta esquemas básicos de percepción, pensamiento y acción” (García Canclini, 1990: 34). Siguiendo con lo anterior, “el *habitus* puede ser considerado como un sistema subjetivo –pero no individual– de estructuras internalizadas, esquemas de percepción, concepción y acción común a todos los miembros del mismo grupo o clase” (Bourdieu, 1991: 86). Pero estas estructuraciones no son lineales, ni mecánicas. El *habitus* “como un sistema de estructuras motivantes y cognoscitivas socialmente construidas” (: 76), es un conjunto de disposiciones que orientan, al margen de todo cálculo consciente, las prácticas y actividades de los sujetos en los más variados dominios de lo cotidiano, que le da la coherencia y el sentido a todos nuestros actos. Actos que están “objetivamente organizados como estrategias, sin ser el producto de una genuina intención estratégica” (: 73), están fundados en los *habitus*. Sin embargo, el *habitus* y su praxis son cuestionados cuando su significatividad ya no está garantizada; esto ocurre mediante experiencias nuevas, como el caso de la migración.

Migración interna y procesos de urbanización

Como ya mencionamos, un elemento importante al momento de considerar los procesos de movilidad poblacional en nuestro país es la necesidad de vincular el estudio de la migración interna (campesinidad o urbana-urbana) con la migración internacional, en tanto proceso continuo e histórico, en el que lo rural se halla en lo urbano y lo urbano es rápidamente incorporado en circuitos migratorios contemporáneos de tipo transnacional.

La primera mitad del siglo veinte evidencia una fuerte concentración poblacional en la zona andina del país (para 1950 más de uno de cada dos bolivianos vivía en estas regiones) en contraste con una decreciente participación de los valles; los llanos, por su parte,

mantuvieron una dinámica estable pero a un nivel mucho más bajo (para este período toda la región nunca sobrepasó el 15% de la población total). Durante la segunda mitad del siglo, las transformaciones más importantes registradas indican que “se revierte el avance de la zona andina que termina con una participación menor a la que comenzó el siglo. Por otro lado, la participación de los valles presenta un comportamiento heterogéneo que disminuye entre 1950 y 1976 y aumenta después. Finalmente se observa un incremento significativo en la participación de los llanos que prácticamente duplican la proporción de la población que acogen, poniéndose casi al mismo nivel que los valles” (Urquiola, 1999: 196).

A lo largo del siglo veinte, se constata un significativo y sistemático proceso de urbanización, es decir, que el número de la población urbana ha ido incrementándose constantemente, llegando en la década de los años ochenta a sobrepasar a la población rural (en 1900 uno de cada diez bolivianos vivía en zonas urbanas, hoy en día más de seis de cada diez habitantes están en las ciudades). El punto de inflexión o cambio en la composición de la población rural y urbana se presentó entre 1984 y 1985. Según Albó *et al.* (1989) esta expansión del espacio urbano en casi todas ciudades del país se dio de manera rápida, caótica y conflictiva, como producto de la migración interna y no como resultado del crecimiento vegetativo de la población. Un hito importante en esta dinámica de urbanización del país se dio en 1985 con la ‘relocalización’ de miles de familias mineras que se vieron forzadas a emigrar a distintos centros poblados.

En los años ochenta, sobre todo en La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, se realizaron numerosos estudios sobre la migración interna y su incidencia en las dinámicas de urbanización y crecimiento económico. Un rápido recuento de algunas de estas investigaciones resulta necesario, sobre todo porque de aquellos lugares y espacios considerados en estos estudios de migración interna hoy en día salen los mayores contingentes poblacionales hacia el exterior. A nivel general podemos mencionar la investigación *Migración interna en Bolivia: origen, magnitud y principales características* (Casanovas, 1981). A nivel regional tenemos *Chuquiya-wu: La cara aymara de La Paz* de Albó, Sandóval y Greaves, publicado en 1982, que se constituyó en uno de los mayores referentes para el análisis de la migración interna y su relación con los procesos de urbanización que, para la época,

se intensificaban en la ciudad de La Paz y El Alto. Otro estudio sobre el mismo hecho es el de Casanovas y Escóbar *Proyecto Migración y mercado de trabajo en la ciudad de La Paz: El caso de los trabajadores por cuenta propia* (1984). Para el caso de Cochabamba, están los trabajos de Carmen Ledo “Urbanización y migración en la ciudad de Cochabamba” (1991) y Butrón “Inserción y adaptación de migrantes en el medio urbano: Ciudad de Cochabamba” (1999). En los años posteriores y en la misma línea de reflexión encontramos el trabajo de María del Carmen Ledo “Problemática urbana y heterogeneidad de la pobreza en la periferia Nor y Sur occidental de Cochabamba” (1992). Para Santa Cruz, sobresalen los estudios “Empresas agrícolas, empleo y migración” (Escóbar, 1978), “Sistemas de contratación y los ciclos laborales temporarios” (Samaniego y Vilar, 1981), “Migración hacia la ciudad de Santa Cruz” (Vargas, 1993) y “Rasgos del proceso de urbanización de las ciudades en Bolivia: 1998” (Sandóval, 1999).

En la última década, uno de los aportes institucionales más significativos en términos cuantitativos y cualitativos sobre las dinámicas poblacionales intra e internacionales es el realizado por el Programa de Investigación Estratégica de Bolivia (PIEB). Estos trabajos no sólo presentan hallazgos novedosos que enriquecen el conocimiento sobre el tema sino también innovadoras metodologías a la altura de la complejidad del fenómeno. Algunas investigaciones sobre migración interna patrocinadas por esta institución son: Germán Guaygua, *et al.*, *Ser joven en El Alto* (2000); José Ros, *et al.*, *Los indígenas olvidados: Los guaraní-chiriguano urbanos y peri-urbanos en Santa Cruz de la Sierra* (2003); Lourdes Peña, *et al.*, *Interculturalidad entre chapacos, quechuas, aymaras y cambas en Tarija* (2003); Juan César Rojas, *et al.*, *Migraciones a Pando y su contribución al desarrollo regional* (2004); y Quintela, *et al.*, *De la comunidad al barrio. Violencia de pareja en mujeres migrantes en Sucre* (2004). El aporte del PIEB a la investigación y difusión de los abordajes particulares de las migraciones internacionales también ha sido y es fundamental. En el primer número de la revista de Ciencias Sociales *T'inkazos* (julio de 1998) se inauguró una línea prolífica de análisis sobre la temática migratoria con el artículo de Genevieve Cortes “*La emigración, estrategia vital del campesinado*”. Otros títulos vinculados a esta institución son: Hinojosa, *et al.*, *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el norte Argentino* (2000) y *Migraciones transnacionales. Visiones de Norte y Sudamérica*. (2004); y “*Bolivia for export*” (2006); De la Torre, Leonardo:

No llores prenda, pronto volveré. Migración, movilidad social, herida familiar y desarrollo (2006); *La cheqanchada. Caminos y sendas de desarrollo en los municipios migrantes de Arbieta y Toco* (2007); y Celia Ferrufino *et al.*, *Los costos humanos de la emigración* (2007).

El fenómeno de urbanización que se fue acentuando en las últimas décadas (según el Instituto Nacional de Estadística, en 2001 la población urbana alcanzaba el 62,4% y la rural el 37,6%) no se efectuó de acuerdo a las capacidades productivas de las ciudades, sino en función del dinamismo de la economía informal, dando lugar a una rápida expansión del espacio urbano. Esto ha conducido a una mayor presión sobre el valor del suelo que por sí mismo ya es un bien grandemente valorado.

En lo que respecta a la migración interna en Bolivia, cobra importancia el análisis de los procesos de rápida urbanización que se desarrollan desde hace más de una década. Es un hecho la consolidación de tres áreas metropolitanas (La Paz, Santa Cruz y Cochabamba) que conforman un eje político, económico y social con perspectivas positivas de desarrollo y vinculación con otras regiones y el exterior (Blanes, 2006). Las ciudades capitales de estos tres departamentos, ante el crecimiento de sus respectivas manchas urbanas, han ido incorporando diversos centros poblados que antes estaban fuera de sus límites; La Paz incluye a El Alto, Viacha y Achocalla; Santa Cruz, a Warnes, Cotoca, El Torno y Montero.

En el caso de Cochabamba, la fuerte dinámica poblacional de carácter intradepartamental expresada en la migración campo-ciudad ha consolidado en las últimas décadas una mancha urbana que incluye a las localidades de Quillacollo, Colcapirhua, Sacaba y Tiquipaya. Estas zonas mantienen todavía un intenso arraigo de carácter campesino pero en crecientes contextos de urbanización que generan una manifiesta relación entre economía urbana y actividades de índole rural-comunitario. Cochabamba También se constituye en ciudad de intermediaciones, en la medida que relaciona a los dos otros ejes metropolitanos del país: La Paz y Santa Cruz. En el siguiente capítulo veremos que el mayor porcentaje de emigrantes de Cochabamba a España, 47% según nuestra muestra, proviene del área metropolitana urbana. Siguiendo a Blanes “[l]as tres regiones metropolitanas ejercen fuertes y complejas funciones en la relación del país con la

globalización, con la estructura económica en proceso de diferenciación y de especialización” (: 53) ¿Serán estos factores y otros los que inciden en los procesos migratorios de tipo transnacional desde las áreas metropolitanas de manera reciente y en ascenso? Por lo menos para el caso de la migración a España, veremos que estos aspectos sí son importantes al momento de decidir por la migración.

Los datos que dan cuenta de la mayor fluidez de los desplazamientos humanos establecen también que la población femenina es la que muestra una mayor movilidad (de cada 100 mujeres, 35 son migrantes de toda la vida²). “La migración en referencia a la selectividad por sexo muestra que las mujeres tienen una mayor movilidad que los hombres, principalmente en áreas urbanas más que en las rurales. Sin embargo, la mayor diferencia se presenta en el área rural...” (CODEPO, 2002: 8), aunque la diferencia con la masculina en términos relativos no es muy significativa. Este hecho, que muestra un grado de feminización de las migraciones internas, se acentúa mucho más en el caso de la migración con destino a Europa, como veremos más adelante; pero en definitiva, lo innegable es el creciente, sostenido y hasta ahora silencioso proceso de feminización por el que atraviesa nuestra sociedad y que se constituye en la nueva base de las migraciones internacionales.

La estructura de edades evidencia que la población joven es la que migra con mayor frecuencia. Existe una mayor proporción de migrantes hombres en edades tempranas –hasta los 14 años– así como en el grupo de 40 a 64 años, mientras que para las mujeres, el período de edad que concentra más casos es el de 15 a 39 años. De acuerdo a estas cifras, alrededor del 78% de la población migrante es menor de 35 años.

En términos generales, los departamentos del eje central son los que atraen a más del 70% de la población que cambió de residencia. En el ámbito departamental se observa que Santa Cruz, Tarija y Cochabamba son departamentos receptores de población desde hace varias décadas, añadiéndose a este grupo el departamento de Pando que en los últimos años presenta una dinámica poblacional muy interesante³.

- 2 El Instituto Nacional de Estadística (INE) utiliza la categoría de “migrantes de toda la vida” para designar a “aquella persona que en el momento del censo, tiene un lugar de residencia habitual diferente al de su nacimiento. En este sentido, la migración interna es la que se produce dentro de las fronteras nacionales y la internacional se da entre países”.
- 3 Cf. Juan César Rojas (coord.) Proyecto: “Migraciones internas nacionales a Pando y su participación en el desarrollo departamental”, Convocatoria Regional Pando, PIEB, 2004.

Por otra parte, los departamentos que pierden población, es decir, que tienen tasas negativas de migración son Potosí, Oruro, Chuquisaca y, en menor medida, Beni. Desde el punto de vista municipal, de 314 municipios, 217 son expulsores (69%) y 97 receptores (31%). “Según la intensidad migratoria, 31 municipios (que representan menos del 10% del total) reciben una importante magnitud de población cuya tasa de migración se encuentra entre 16,2 y 198,5 por mil habitantes; 51 municipios (16% del total) son los que pierden población de manera significativa, a razón de -14,8 a -39,5 por mil” (INE, CODEPO, Notas de Prensa, N° 104). Según esta misma fuente, los departamentos cuyos municipios son fuertemente expulsores son Potosí (94,7% de sus municipios son expulsores), Chuquisaca (93%), La Paz (87%) y Oruro (73,5%); paralelamente, los departamentos más receptores son Pando (93% de sus municipios son receptores), Santa Cruz (64%), Tarija (55%) y Cochabamba (30%). En este mismo sentido de municipalización del país, se manejan algunos indicadores para explicar el descenso de la migración reciente⁴ en función de los impactos de la Ley de Participación Popular de 1994, discusión que todavía está pendiente⁵.

Entre los factores que inciden en la migración, los principales son la búsqueda de trabajo, el afán de conseguir mejores empleos e ingresos, educación, reconocimiento social, entre otros. Asimismo, estos procesos están ligados a contextos económicos en función a recursos naturales, vías de comunicación, potencial agropecuario, así como al desarrollo de potenciales mercados internos. El conjunto de estos datos muestra que la mayor concentración de población del país se está trasladando de un eje norte-sudeste (el altiplano y los valles) hacia otro con mayor orientación este-oeste (llanos y Chaco).

Resumiendo la información censal disponible, en 1976 cerca de un 20% de la población vivía en un departamento distinto al de su nacimiento, en el año 1992 esta cifra subió a un 28% y para el 2000 llegó a un 34,7% (datos de la Encuesta Continua de Hogares, Proyecto ME-COVI de 2000). Aunque no disponemos de información oficial para los primeros años del nuevo siglo, podemos asegurar sobre la base de otros indicadores que este porcentaje ha seguido subiendo. De la

4 Persona, que en el momento del censo (u otra fuente de información), tiene un lugar de residencia habitual diferente al que tenía cinco años antes de realizarse el censo.

5 Cf. Blanes, José, *et al.*, *Mallkus y alcaldes. La ley de Participación Popular en comunidades rurales del altiplano paceño*. La Paz, PIEB/CEBEM, 2000.

población que habita regularmente en las áreas urbanas, un 37,6% nació en otro lugar, en el campo este dato baja al 29,6%. Esto reafirma que los procesos migratorios internos son cada vez más intensos. En este sentido, se confirma lo que diversos estudios reflejan sobre los estrechos vínculos que unen experiencias migratorias internas con la decisión de migrar fuera de las fronteras nacionales como aspectos de un mismo proceso de movilidad y circulación en el espacio.

La migración internacional y sus destinos

A excepción de algunas corrientes de población que tuvieron a Bolivia como destino y cuyo impacto se limitó a lo regional, la historia de las migraciones internacionales del país se caracteriza por un marcado proceso de emigración, tendencia que se profundizó en los últimos decenios. Los relativamente pocos estudios sobre migraciones internacionales desarrollados en Bolivia se han centrado básicamente en el análisis de los flujos hacia la Argentina (Ardaya, 1978; Calderón, 1979; Dandler y Medeiros, 1985; Hinojosa, 2000; Cortes, 2004) y más recientemente hacia Estados Unidos, Brasil y España, destacando las estrategias desplegadas por los migrantes, especialmente de las comunidades campesinas de los valles. A continuación presentamos algunos elementos sobresalientes de las investigaciones sobre los destinos migratorios tradicionales.

La Argentina como principal destino externo

La movilidad poblacional en busca de trabajo hacia la Argentina tiene una historia de siglos. Hay antecedentes que datan del 1700. Muchas de las haciendas –de Tucumán hacia el norte– ocupaban mano de obra indígena y del “collado”, como denominaba entonces a estos territorios. De hecho, la economía del norte argentino estaba articulada a la economía de Potosí en más de un sentido; hasta muy entrado el siglo veinte, el comercio de toda esta región se realizaba por los puertos del Pacífico y no por el puerto de Buenos Aires.

Sin embargo, los inicios de la migración boliviana a la Argentina tomaron otros rumbos. Debido al tardío proceso de colonización de tierras en las regiones chaqueñas colindantes con la Argentina, entre mediados y fines del siglo diecinueve, y a la presión social, política,

cultural y militar que ejercían los criollos, contingentes significativos de indígenas guaraníes se vieron forzados a abandonar sus territorios y ‘cruzando fronteras imaginarias’ se dirigieron a localidades del país vecino para emplearse o empatronarse en las haciendas y empresas agrícolas. La gran cantidad de datos existentes en este sentido –sobre todo crónicas misioneras de la época– llevan a plantear que los inicios de la migración boliviana a la Argentina respondieron a un esquema de ‘desplazamiento político forzoso’ y que sólo posteriormente devinieron en movimientos de tipo laboral.

En la década de 1920, la migración de mano de obra desde los países limítrofes hacia la Argentina aumentó en importancia. El fenómeno se dio principalmente en el norte, donde la industria azucarera –que antes se encontraba concentrada en la provincia de Tucumán– se expandió hacia las provincias de Salta y Jujuy. Esta expansión de la industria azucarera, con la correspondiente demanda estacional de mano de obra barata para la zafra de la caña, incentivó directamente el flujo migratorio de la población de los valles y el sur de Bolivia.

Según Grimson (1999), en el censo argentino de 1947, casi el 88% de los inmigrantes provenientes de Bolivia estaban establecidos en las provincias de Salta y Jujuy y sólo un 7% se encontraba instalado en la provincia de Buenos Aires. Esta situación perduró hasta el inicio del proceso de sustitución de importaciones, período en el cual los flujos migratorios principales comenzaron a dirigirse a las ciudades (rural-urbano) para llenar los requerimientos de la naciente industria. Sólo en el área de la migración estacional hacia el campo (principalmente en el norte) se mantuvo la segmentación del mercado laboral.

Debido al avance del proceso de sustitución de importaciones, los movimientos poblacionales concentraron su flujo en las áreas industriales situadas en las márgenes de las grandes ciudades, principalmente Buenos Aires. Es decir que, sin negar las precarias condiciones socio-económicas de los migrantes fronterizos en sus países de origen, estas migraciones estaban determinadas fundamentalmente por la demanda de mano de obra barata, no calificada, tanto en las áreas urbanas –por la industrialización y la construcción–, como en el área rural –por los vacíos y vacancias dejadas por la población originaria en su camino hacia las ciudades y las fábricas–.

En las décadas siguientes, la población de migrantes bolivianos en las zonas urbanas y peri-urbanas de Argentina aumentó de manera notoria. En este período, el flujo de migrantes bolivianos aumentó, principalmente, por la crisis económica que se vivió en Bolivia durante los años ochenta, y luego, por la implementación del programa de ajuste estructural dictado por el Decreto Supremo 21060 en 1985. A partir de estas medidas, se contrajo la oferta monetaria, se elevó la desocupación abierta y se ‘relocalizó’ (eufemismo para el despido) a una gran mayoría de los trabajadores, dando lugar a que un amplio segmento de la población se trasladara fuera del país y que se incrementara el flujo migratorio hacia la Argentina. Esta migración no era rural-indígena en busca de trabajo temporario, sino población urbana –de los centros mineros y de ciudades principales y medianas– con niveles de instrucción educacional más elevados y se asentó en zonas urbanas argentinas o en la periferie de las mismas. En esta década, los asentamientos en la región metropolitana de Buenos Aires igualaban o superaban a los de Salta y Jujuy. Estaba claro que los desplazamientos se reorientaron hacia el centro urbano más importante en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. Sin embargo, una proporción importante de bolivianos se instaló en el ámbito rural de la Provincia de Buenos Aires, trabajando la tierra en sistemas de arrendamiento e incluso adquiriendo la tierra en propiedad (Benencia, 1997).

Los años noventa marcaron un período de estabilidad y, en cierto modo, de ‘auge migratorio’ en virtud a las características económicas de dolarización que asumió la República Argentina y a la amnistía declarada en ese país que posibilitó la legalización de unos 110 mil bolivianos, la gran mayoría en Buenos Aires. Los rangos de edad de los migrantes bolivianos en la Argentina muestran que se trata de una población en edad productiva o económicamente activa, emigrantes cuyas edades fluctúan entre los 25 y 49 años, aunque últimos estudios parciales parecen indicar que cada vez son más los jóvenes y las mujeres los que se ligan a estos circuitos migratorios. Durante estos años se consolidaron y ramificaron muchas de las trayectorias migratorias anteriores que correspondían al tipo urbano-urbano, tanto así que fueron estas redes sólidas y estructuradas las que amortiguaron los efectos de la crisis que vivió la Argentina hacia finales de 2001.

Como mencionamos antes, en la actualidad, el mayor número de migrantes bolivianos se concentra en el gran Buenos Aires y en Capital

Federal, estimándose su número en más de un millón de personas. Muchas de estas personas no tienen documentación legal de estadía o residencia, lo que las coloca en situación de ilegalidad, pese a un nuevo Convenio Migratorio firmado por Bolivia y Argentina en 2004 que no logró eliminar las excesivas trabas burocráticas ni los elevados costos de los trámites. En este sentido, se habla de medio millón de indocumentados que constituyen la población más vulnerable en cuanto a la violación de sus derechos fundamentales. Estos migrantes, que se concentran mayoritariamente en los mercados laborales urbanos, se ocupan en actividades que requieren mano de obra no calificada ligadas a la construcción (rubro tradicional que emplea obreros jornaleros, maestros contratistas y ayudantes), la manufactura (talleres de confección textil donde prevalecen características de sobreexplotación), el comercio informal (rubro desarrollado en la última década en el que predomina una fuerte dinámica de adaptación), la producción y comercialización agrícola, las labores domésticas y, en menor medida, en otras actividades u oficios. Asimismo, se debe considerar a un conglomerado importante de jóvenes que cursan estudios en el vecino país así como profesionales que prestan sus servicios allí.

A decir de Alejandro Grimson, los migrantes bolivianos asentados en Buenos Aires desarrollan diversas estrategias, tanto para adquirir trabajo, vivienda y documentación, como para reunirse y construir en el nuevo contexto urbano lugares y prácticas de identificación. “En Buenos Aires hay múltiples ámbitos de producción y re-construcción de identidades vinculados a la ‘colectividad boliviana’. Es un tejido social diverso y disperso por distintas zonas de la ciudad que incluye bailantas, restaurantes, fiestas familiares y barriales, ligas de fútbol, programas de radio, asociaciones civiles, publicaciones, ferias y comercios de diferente tipo, dando cuenta de múltiples espacios vinculados con la bolivianidad” (2005: 33-34). En el mismo sentido, Benencia (2004), refiriéndose a los migrantes bolivianos asentados en áreas de producción hortícola, afirma que se inscriben en lo que asume como “comunidades transnacionales”. Sólo con el ánimo de subrayar algunos elementos mencionados por Grimson y Benencia para el caso argentino y que son fundamentales a la hora de pensar en estos contingentes de migrantes debemos resaltar, por un lado, los procesos de ‘territorialización transnacional’ que se operan entre los dos países y cuyos horizontes culturales e identitarios definen un perfil propio que involucra a más de una generación; pero también es digno de destacar,

por otro lado, los niveles organizativos y culturales que despliegan los y las bolivianos/as en sus diversas actividades así como la incursión y permanencia en los medios de comunicación social.

Diversos estudios (Benencia, 2004; Karasic, 2000; Sassone, 2004; Hinojosa, 2000 y otros) mencionan que una parte significativa de la producción hortícola del norte argentino se halla en manos de familias bolivianas, las cuales no sólo se limitan al trabajo de jornaleros, sino que han ido ascendiendo hacia formas de arriendo y en algunos casos han logrando la compra de tierras y el nexo con la comercialización de los productos y la construcción de infraestructura para ello. Estos estudios buscan comprender la complejidad del fenómeno desde las características de la transnacionalidad, resaltando aspectos de ocupación y estructuración de los espacios, los nexos entre ruralidad y migración internacional y la importancia de las remesas en los procesos productivos locales con el consiguiente impacto en el mejoramiento de la calidad de vida y la reducción de la pobreza. Otra serie de investigaciones (Doménech y Magliano 2007; Caggiano, 2005; Begala, 2005) enfatiza los niveles de 'irregularidad legal' en la residencia (carencia de documentación que respalde y garantice la ciudadanía), prácticas y mecanismos de discriminación (tanto laboral como racial) y exclusión (social y cultural) por los que atraviesan sectores importantes de migrantes en la Argentina.

El inicio de siglo ha significado para más de un país latinoamericano escenarios marcados por la crisis. Y ésta juega un papel importante en las migraciones, ya sea presionando para la salida de migrantes (como la crisis estatal boliviana), ya sea alterando los intercambios materiales y simbólicos preestablecidos (como la crisis económica Argentina). En todo caso, el tiempo transcurrido tras la severa crisis que afectó al vecino país ha logrado estabilizar los flujos poblacionales entre estas dos esferas, aunque está claro que los niveles de ahorro y acumulación característicos del período de dolarización de los años noventa se han diluido casi por completo.

La mayor producción de estudios e investigaciones sobre bolivianos/as en las sociedades de destino proviene de la Argentina debido a la histórica y consolidada migración transfronteriza hacia dicho país⁶.

6 Para una visión actualizada y exclusiva del estado de situación sobre la migración boliviana hacia la Argentina, ver Liz Pérez Cautín (2008).

El interés en la colectividad boliviana en la Argentina es grande; más aun en el actual contexto político de ese país. Este fenómeno se observa, por ejemplo, en la presencia 'oficial' que tiene la colectividad boliviana en diversos actos y eventos (seminarios, jornadas académicas e institucionales, festivales culturales y deportivos, entre otros) en la capital porteña. En las temáticas más recurrentes de estos trabajos, en un primero momento prevalecían las miradas desde la inserción laboral en dinámicas productivas rurales, para posteriormente dar paso a enfoques más urbanos y en otro rubro productivo, como el trabajo textil. Sin embargo, se pueden encontrar también numerosos trabajos antropológicos referidos a dinámicas de interacción con la sociedad local. En todo caso, se puede afirmar que en la Argentina se ha producido y se sigue produciendo una cantidad significativa de estudios e investigaciones sobre la presencia boliviana en ese país.

Los Estados Unidos de Norteamérica y Brasil

Si bien la Argentina representó durante todo el siglo veinte el destino emblemático de la migración boliviana fuera de sus fronteras, esto no significa que fuera el único destino elegido por los migrantes. De una amplia gama de países latinoamericanos, norteamericanos y europeos, se distinguen dos: Estados Unidos de Norteamérica y Brasil.

En el caso de los Estados Unidos, el 'sueño americano' tuvo impacto en la sociedad boliviana, sobre todo en las regiones de los valles de Cochabamba (zona tradicionalmente expulsora de mano de obra hacia la Argentina) y en los crecientes ámbitos urbanos de la pujante Santa Cruz de la Sierra. El inicio de esta migración se puede situar en la década de los años setenta adquiriendo mayor vigor en los ochenta. La migración boliviana hacia los Estados Unidos se encuentra entre las más calificadas respecto a la de otras nacionalidades. Se destacan profesionales (médicos, ingenieros, empresarios) pero también un significativo conglomerado de mano de obra con más de doce años de escolaridad que se emplea en los oficios del área de servicios y la construcción. La mayoría está asentada en el área metropolitana de Washington y, en menor medida, en California, Nueva York, Florida, Virginia, Texas y Maryland. Los estudios sobre bolivianos en Estados Unidos son significativamente menores respecto a los de la Argentina, en gran medida debido a la invisibilización de los

compatriotas en un país constituido por corrientes migratorias muy diversas y muchísimo más numerosas que la boliviana.

Sin embargo, los Estados Unidos de Norteamérica representan en el imaginario de los migrantes bolivianos el 'destino ideal' para trabajar y generar niveles significativos de ahorro y acumulación que posibiliten el ascenso social. Estimaciones no oficiales hablan de alrededor de 200 a 250 mil bolivianos residentes en el país del Norte. Si bien los Estados Unidos representan el ideal migratorio, luego de los hechos del 11 de septiembre de 2001 las ya rígidas medidas de seguridad fronteriza se han multiplicado, haciendo cada vez más difícil el 'sueño' de ingresar a territorio norteamericano. Datos de una entrevista realizada a un ciudadano cochabambino que permaneció detenido más de dos meses y que luego fue deportado, evidencian de manera dramática los riesgos, sufrimientos y vejaciones que pasan los migrantes en manos de los traficantes de personas y cómo instancias jurídica se prestan a 'legalizar' esos excesos. Recientes estudios sobre esta temática para el caso cochabambino analizan la importancia del fenómeno migratorio hacia los Estados Unidos para la reducción de la pobreza y el mejoramiento de la calidad de vida a través de la dinamización de los procesos productivos locales ligados a la fruticultura en zonas de valles (De la Torre, 2006, 2007).

La República del Brasil y, concretamente, la ciudad industrial de Sao Paulo se constituyen en otro destino tradicional de los emigrantes bolivianos/as desde hace varias décadas. Este destino migratorio no representa un fenómeno novedoso, ya los años 1950 se dio un primer momento de migración, básicamente de profesionales ligados al área de la salud (sobre todo médicos y odontólogos) pero también de personas menos calificadas. Estos flujos cobraron mayor relevancia a partir de la segunda mitad de la década de 1980, cuando los problemas económicos en Bolivia se hicieron más intensos. En ese período, segmentos significativos de la población comenzaron a dirigirse hacia Sao Paulo para emplearse como mano de obra barata en pequeños talleres de confección pertenecientes en su mayoría a coreanos. Estos migrantes se caracterizan por ser en su mayoría jóvenes y varones, provenientes en buena medida de regiones altiplánicas y de los valles (La Paz, Oruro, Cochabamba), pero también de regiones rurales del oriente (Santa Cruz). Datos obtenidos en el proceso de sistematización de los registros de vacunación contra la fiebre amarilla en el

departamento de La Paz señalan que más del 80% de la migración internacional de dicho departamento durante el año 2005 tuvo como destino la República del Brasil. Alrededor del 60% de estos migrantes se hallaban en edad productiva (entre 15 y 40 años), el 53,5% eran varones y el 46,5% mujeres.

Se estima que unos 200 mil bolivianos y bolivianas residen en el Brasil (Roque Patussi, 2005). Gran parte de los que llegan a Sao Paulo lo hacen a partir de una propuesta de trabajo relacionada con la costura. Los bolivianos trabajan principalmente en el mercado informal de la confección textil. El autor que con mayor sistematicidad y dedicación ha investigado a los migrantes bolivianos en el Brasil es Sidney Antônio da Silva, quien en sus libros *Costurando Sonhos. Trajetoria de um grupo de inmigrantes bolivianos em São Paulo* (1997) y *Inmigrantes no Brasil. Bolivianos, a presença cultura andina* (2005) aborda desde una mirada antropológica la presencia poco conocida de la colectividad boliviana en Sao Paulo, y lo hace desde diversas entradas, privilegiando el tema de la inserción laboral en los talleres textiles de costura, donde el trabajo y la convivencia se dan en condiciones altamente precarias y de indocumentación. Sin embargo, en la medida que existe un fuerte involucramiento de la Iglesia Católica a través de sus Pastorales de Movilidad Humana con la colectividad boliviana en ese país, se cuenta con cierta información proveniente de esta fuente. Lo que podemos afirmar sobre la base de esas investigaciones y la revisión hemerográfica nacional es que la migración al Brasil presenta características similares a la de la migración hacia la Argentina, no sólo por ser migración fronteriza sino, sobre todo, con relación a las actividades laborales en talleres textiles, donde los grados de sobreexplotación son dramáticos. Cada trabajador debe producir lo máximo posible en jornadas laborales de 12 a 15 horas diarias. Estos datos muestran la importancia creciente de este destino silencioso a lo largo de los últimos años, donde las industrias de la llamada 'economía sumergida' demandan cada vez más mano de obra que dé funcionalidad a sus sistemas productivos.

Finalmente, en los primeros años de este nuevo siglo, la proporción y magnitud de la mano de obra migrante boliviana con destino a Europa se ha ampliado de manera sorprendente. Si bien existían experiencias migratorias anteriores al *viejo* continente, recién en lo que va de este

siglo, éste emerge con gran firmeza como nicho laboral que demanda sistemáticamente *nuevos* brazos para trabajar. El país europeo que concentra el mayor número de migrantes bolivianos en los últimos años es España, con estimaciones que bordean las 350 mil personas para 2007, según la Asociación de Cooperación Bolivia España (ACOBEB). Las cifras también son crecientes en otros países, entre los que resaltan están Italia –donde, según la ONG católica CELIM, más de catorce mil mujeres bolivianas, especialmente cochabambinas, trabajan en la localidad de Bérgamo y otras ciudades del norte–; Suiza, preferida por la creciente migración cruceña y de tierras bajas; Inglaterra, Francia y Suecia, donde junto a los nuevos migrantes laborales conviven los bolivianos de primera o segunda generación que llegaron a ese país por causa del exilio político en la década del setenta.

Para explicarnos por qué estas nuevas dinámicas migratorias tienen como destino España, tres hechos internacionales pueden considerarse fundamentales, añadidos a la dimensión de crisis interna en Bolivia producto de la agudización de las contradicciones del esquema neoliberal frente a las demandas de los movimientos sociales que generaban un clima de inestabilidad de amplio espectro. El primero de estos aspectos internacionales tiene que ver con el surgimiento y consolidación de nuevos mercados laborales que demandan determinada mano de obra (básicamente en las áreas de servicios y construcción); es decir que el crecimiento económico experimentado por España en los últimos decenios por su ingreso a la Comunidad Europea lo convirtió en un nicho laboral importante de mano de obra latinoamericana, sobre todo de los países andinos. En segundo lugar está un hecho importantísimo que marcó el nuevo itinerario de los bolivianos/as hacia España: la crisis económica que afectó a la República Argentina a finales del año 2000 y que produjo un fuerte impacto en las familias migrantes bolivianas, llevando a muchas de ellas a convertirse en pioneras de la migración hacia España y a activar las redes sociales y familiares en esta nueva dinámica. Este aspecto (migrantes bolivianos que salen de la Argentina en este período con destino a España) podría ser un elemento clave al momento de explicarnos la magnitud y rapidez de este proceso. Finalmente, el tercer aspecto tiene que ver con los atentados del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas en Nueva York; este hecho, no sólo endureció las medidas migratorias para ingresar a los Estados Unidos

también redefinió las políticas de seguridad nacional en referencia a sus fronteras. Hay que recordar que para los potenciales migrantes bolivianos (sobre todo de Cochabamba) los Estados Unidos de América constituye el icono de la migración internacional.

Este *boom* migratorio hacia España experimentado en los últimos seis años ha tenido eco en los estudios e investigaciones. Como indica Ivonne Farah (2005), en Bolivia estamos ante un importante incremento de las investigaciones sobre la temática migratoria internacional. Las indagaciones han focalizado su interés sobre todo en los lugares tradicionales de origen de la emigración (los valles de Cochabamba y de Tarija, sobre todo), pero también se cuenta con aportes sobre otros lugares. Hay que subrayar el trabajo audiovisual producido por la agrupación Mujeres Creando y dirigido por María Galindo denominado *Las exiliadas del neoliberalismo. Migrantes bolivianas en España* (2005). Este documental, desde una perspectiva feminista, expone y denuncia las condiciones y estructuras que posibilitan y articulan los trabajos transnacionales de mujeres ligados a los servicios y la reproducción doméstica. Más adelante retomaremos estos elementos de la feminización de las migraciones. Por la magnitud y el fuerte impacto familiar, social, económico y mediático de la migración hacia España, hay una gran variedad de estudios y prácticas en curso sobre distintos aspectos del hecho migratorio que involucra a diversas disciplinas: sociología, antropología, psicología, comunicación y derecho, entre otras. Se debe mencionar también que los medios de comunicación han jugado y juegan un papel fundamental en la percepción y discernimiento de la opinión pública sobre la migración hacia España. Si bien en los últimos años la visibilización de estas dinámicas poblacionales es mayor debido, sobre todo, al enfoque económico que han adquirido en el imaginario social como consecuencia de las remesas monetarias, también es evidente que las migraciones se han visibilizado por el tratamiento de los medios de comunicación escritos, televisivos o radiales que han posicionado el tema (desde sus perspectivas, énfasis y mediaciones) más que las investigaciones de tipo académico o institucional, que empiezan a resurgir pero que todavía no se consolidan. En este sentido, es importante reflexionar sobre el rol que desempeñan los medios de comunicación en el tratamiento y las estrategias de acción frente a la migración y sus consecuencias, más aún teniendo

en cuenta que existe cierto rasgo de dramatización y victimización sobre el hecho. En todo caso, la magnitud del éxodo humano vivido por nuestro país hacia España es de significativa importancia y de amplio impacto en diversos ámbitos: económico, social, familiar, psicosocial, cultural y político.